

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 centimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00
Suscripción España un trimestre	1'00
Extranjero	1'50

FERRER Y LA ENSEÑANZA RACIONALISTA

La periodicidad nos trae otro 13 de octubre.

En honor de Ferrer y en testimonio de respetuosa consideración, suspendo mi pobre y aun dolorosa actuación diaria, mecánica, rutinaria y necesaria, para recordarle y pensar en su obra.

Un sencillo parangón, puesto por Portet, su heredero, en las primeras páginas de *La Escuela Moderna* (póstuma explicación y alcance de la enseñanza racionalista) da idea del alto valor moral de Ferrer como hombre:

«El supuesto hijo de uno de los muchos dioses creados por el hombre es condenado a muerte, en conformidad con las leyes de su país, acusado de querer proclamarse rey. Va a morir... Engendrado, como todos los dioses, por el miedo y la ignorancia, ante la fuerza y la realidad de la muerte desfallece, tiembla, pierde la fe, reniega su confianza en el que le envió para redimir a la humanidad y, lleno de pavor, exclama: «Padre, padre! ¿por qué me has abandonado?»

«El hijo del libre pensamiento, de la moral sin sanción, es condenado a muerte inculcado de haberse rebelado contra un rey. Lo llevan al Gólgota, al Castillo Maldito, y le ponen ante el pelotón de ejecución. Va a morir.

«Desfallecerá ese hijo del hombre? ¿Perderá su fe en el que le envió, en el libre examen, para decir a la humanidad: «¿Libre?»

«Serenamente, tranquilo, de pie, con los ojos forzosamente vendados, pero con su vista en el porvenir, afirma su obra, defiende su razón, se yergue ante la muerte y lanza un grito de combate y de victoria: ¡Viva la Escuela Moderna!»

De ese parangón resulta el hombre cuya memoria honrará siempre el mundo liberal.

Un párrafo del programa de la Escuela Moderna, lanzado al público para atraerse clientela, condensa con perfecta claridad el objeto y la finalidad de la enseñanza racionalista.

«Ni dogmas ni sistemas, moldes que reducen la vitalidad a la estrechez de las exigencias de una sociedad transitoria que aspira a definitiva; soluciones comprobadas por los hechos, teorías aceptadas por la razón, verdades confirmadas por la evidencia, eso es lo que constituye nuestra enseñanza, encaminada a que cada cerebro sea el motor de una voluntad, y a que las verdades brillen por sí en abstracto, arraiguen en todo entendimiento y, aplicadas en la práctica, beneficien a la humanidad sin exclusiones indignas ni exclusivismos repugnantes.»

¿Qué suscitó, impulsó y determinó la voluntad de Ferrer a la creación de la Escuela Moderna, para dar en ella esa enseñanza racionalista, destinada a disolver las masas de abúlicos creyentes que forman las multitudes sectarias de las religiones, de los sistemas y de los partidos, a fin de que cada cerebro ilustrado y libre fuera el motor de una voluntad?

El mismo lo dice en su póstumo libro, página 24 y 25.

«A nadie chocaba el absurdo dominante por la incongruencia que existe entre lo que se cree y lo que se sabe, ni nadie apenas se preocupaba de dar una forma racional y justa a la solidaridad humana, que diera a todos los vivientes decada generación la participación correspondiente en el patrimonio creado por las generaciones anteriores.»

«Vi el progreso entregado a una especie de fatalidad, independiente del conocimiento y de la bondad de los hombres, y sujeto a valvenes y accidentes en que no tiene participación la acción de la conciencia. El individuo, formado en la familia con sus desenfrenados atavismos, con los errores tradicionales perpetuados por la ignorancia de las madres, y en la escuela con algo peor que el error, que es la mentira sacramental impuesta por los que dogmatizan en nombre de una supuesta revelación divina, entraba en la sociedad deformado y degenerado, y no podía exigirse de él por lógica rela-

ción de causa a efecto, más que resultados irracionales y perniciosos.»

En las páginas 37 y 38 del citado libro se leen las siguientes sencillas y sensacionales manifestaciones de su conciencia revolucionaria:

«Me sentía bajo el peso de una responsabilidad libremente aceptada y quise cumplirla a satisfacción de mi conciencia.»

«Enemigo de la desigualdad social, no me limité a lamentarla en sus efectos, sino que quise combatirla en sus causas, seguro de que de ese modo se ha de llegar positivamente a la justicia, es decir, a aquella ansiada igualdad que inspira todo afán revolucionario.»

«Si la materia es una, increada y eterna; si vivimos en un cuerpo astronómico secundario, inferior a incontable número de mundos que pueblan el espacio infinito, como se enseña en la Universidad y pueden saber los privilegiados que monopolizan la ciencia universal, no hay razón ni puede haber pretexto para que en la escuela de primeras letras, a que asiste el pueblo cuando puede asistir a ella, se enseñe que Dios hizo el mundo de la nada en seis días, ni toda la colección de absurdos de la leyenda religiosa.»

«La verdad es de todos y socialmente se debe a todo el mundo. Ponerle precio, reservarla como monopolio a los poderosos, dejar en sistemática ignorancia a los humildes y, lo que es peor, darles una verdad dogmática y oficial en contradicción con la ciencia para que acepten sin protesta su íntimo y deplorable estado, bajo un régimen político democrático, es una indignidad intolerable, y por mi parte, juzgo que la más eficaz protesta y la más positiva acción revolucionaria consiste en dar a los oprimidos, a los desheredados y a cuantos sientan impulsos justicieros esa verdad que se les esconde, determinante de las energías suficientes y necesarias para la gran obra de la regeneración de la sociedad.»

Conviene a mi propósito consignar aquí el siguiente pasaje de la defensa de Ferrer ante el Consejo de guerra por el capitán Galcerán:

«Esta campaña es dirigida principalmente contra la persona de Ferrer por odio y temor a la educación dada a la clase obrera, sea en la Escuela Moderna, que lograron tiempo atrás cerrar, sea en la serie de libros publicados por la casa editorial por él fundada, por temor, repito, de que con la ilustración los desespejados se ennoblezcan y sacudan yugos indignos de la raza humana.»

He aquí, sin frases declamatorias y con rasgos verdaderamente positivos, trazada la personalidad y el ideal de Ferrer, habiendo apelado a este recurso por parecerme que era el más adecuado para mi propósito sin faltar a su última voluntad, expresada en su testamento, en su encierro, poco antes de su muerte:

«Deseo que en ninguna ocasión, ni próxima ni lejana, ni por uno ni por otro motivo, se hagan manifestaciones de carácter religioso o político ante los restos míos, porque considero, que el tiempo que se emplea ocupándose de los muertos mejor sería destinarlo a mejorar la condición de los vivos, teniendo gran necesidad de ello casi todos los hombres.»

Huyendo de producir vano efecto sugestivo, y deseando ser motivo determinante de buenas voluntades, pongo término a este trabajo, rogando a aquellos de mis compañeros y lectores, a quienes interese la memoria de Ferrer, se concierten para honrarla contribuyendo a poner la enseñanza racionalista al alcance del mayor número posible de trabajadores sumidos en el abismo de la ignorancia, de la explotación y del servilismo, a fin de elevarlos a la digna condición de conscientes y enérgicos luchadores por el ideal.

Tal es el recuerdo que como sencillo ramillete de pensamientos y siempre vivas depositó sobre la tumba de Francisco Ferrer.

ANSELMO LORENZO

todos autoritarios y sin dar carácter obligatorio o de imposición a los acuerdos tomados, se les califica de practicantes de un parlamentarismo manso, será preciso abandonar toda clase de relación colectiva, para no infundir sospechas ni suscitar críticas. A mi modo de ver, no es ese el camino más seguro para conseguir una obra fructífera y duradera.

Si los amigos de *Acción* hubiesen leído el artículo de *Les Temps Nouveaux* en que se consignaban las primeras impresiones del Congreso, hubieran anulado a buen seguro sus argumentos y calificativos. Tampoco a Grave y a sus amigos les parecía bien la idea de un Congreso, porque experimentaban iguales escrúpulos; pero luego de celebrado éste, tuvieron que rendirse a la evidencia, declarando que lo mismo pudo llamarse Congreso que asamblea, reunión u otra palabra parecida. En resumen, la obra es lo interesante, no las palabras o los títulos.

En cuanto a la creación de un organismo anarquista, cada uno lo entiende a su manera. No veo ningún peligro ni falta en que varios grupos constituyan una federación, pero conservando siempre la necesaria autonomía. Sin embargo, es muy oportuno recordar que hay que desprenderse a menudo de buena parte de nuestro bagaje ideológico, cuando éste se refiere a lo más perfecto y sublime de la futura sociedad, para atender con urgencia las necesidades de la actuación o práctica.

Advierta, por otra parte, *Acción Libertaria* que los anarquistas franceses no han acudido a procedimientos centralizadores para fundar su federación, sino que, por el contrario, la iniciativa partió de los diferentes grupos comunistas, anhelosos de relacionarse y entenderse más positivamente. Y esto puede comprobarlo quien conozca un poco el movimiento libertario de Francia.

Refiriéndose a esto, *Acción* añade: «Preferimos que las cosas ocurran como actualmente en España; que sea de abajo de donde proceda la iniciativa y el movimiento.» ¿Creen nuestros amigos que lo que ocurre actualmente en España, con relación a nuestras ideas, es lo más conveniente y provechoso? Observen, y no se entusiasmen mucho con esas espontaneidades de las masas, porque son más instintivas que conscientes, más frágiles y fugaces que positivas y duraderas. Las recientes escaramuzas de la gran lucha no evidencian, como se pretende, una gran ventaja y un marcado progreso comparándolas con pretéritos acontecimientos. Examinense los resultados y dedúzcase, sin dejar de reconocer por eso la importancia de la labor actual.

Para evitar toda confusión, manifiesté en mi último artículo, publicado en estas mismas columnas, lo que entendía por individualismo. Sin duda la confusión no fué evitable.

No es solamente el ilegalismo (!) de los Bonnot y Garnier lo que considero nocivo el Congreso de París y lo que urge combatir con entera franqueza. Es también el falso individualismo que propagan algunos titulados anarquistas; nocivo por su orientación, falso por sus principios. No me refiero particularmente al movimiento anarquista en España; hablo en sentido general.

Hay individuos que con buenos o malos propósitos (no quiero discutirlos), defienden teorías encaminadas a producir la exaltación de su yo hasta tal extremo, que acaban por caer en el más soberano de los ridículos. Nada objetaría si esa exaltación, que a mí me parece absurda, fuese sólo un débil factor de influencia pasajera en la diaria labor de aquellos individuos. Cada uno tiene sus particularidades de carácter y sus chifaduras. Pero es el caso que semejantes disparates sufestionan por completo a quien los adopta como norma de todos sus actos, induciéndole a considerarse, previos unos ensayos profundos de filosofía especial, un superhombre, omnipotente, inviolable, emancipado... Se preocupa tanto de su persona, de su independencia, de su libertad absoluta, que acaba por aislarse y negar toda cooperación a la obra colectiva, pretextando que, cualquiera que sea la forma de ésta, cualquiera que sea su finalidad, coarta o anula su sagrada autonomía. No lo digo yo, lo atestiguan muchos libros y artículos que podrían citarse. Van tan lejos en sus escarceos filosóficos que se olvidan de que, a la postre, han de convivir, relacionarse y organizarse para la vida con otros seres tan humanos como ellos; y al pretender luego armonizar sus extrañas ideologías con la realidad eterna, descúbrese un vacío

inmenso que patentiza la inutilidad de los absurdos superhombros.

Pues bien; contra esos absurdos arremetieron especialmente nuestros compañeros franceses y debemos arremeter todos, sin distinción de sectas ni tendencias, si queremos que nuestros anhelos, hoy condensados en la mente, cristalicen mañana en fecundas realidades. A primera vista, se objetará que quienes participan de aquellas teorías lo hacen porque tales son sus predilecciones, piensan y obran por propia voluntad, y siendo la libertad individual la base y el principio de la adarqua, es impropio de anarquistas poner trabas y repudiar ciertas ideas. Pero yo sostengo, sin temor a las censuras ni a las críticas, que mientras los partidarios de esas ideas rehúsen en definitiva la complicada aunque libre y voluntaria asociación y cooperación para todas las necesidades de la vida, ya sea como resultante, ya como fundamento (tampoco lo discuto), no serán más que un estorbo y una dificultad para la emancipación humana.

Descartando, pues, los mencionados errores pseudo-individualistas, queda la genuina afirmación del pensamiento libertario, que abarca desde los comienzos de la efectiva autonomía del individuo, en oposición al actual sistema que le convierte en un autómata, hasta el más amplio y solidario conjunto de esfuerzos colectivos, necesarios para el pleno desenvolvimiento de la sociedad.

Labor individual y labor colectiva se completan, no existe la una sin la otra; por eso afirmé que deben desaparecer esas supuestas diferencias o antagonismos entre individualistas y comunistas, cuando ambos se hallan bien capacitados de su importante misión y no se pagau de extravagancias ni sectarismos. Aplaudo cuanto en este sentido dice *Acción Libertaria*.

Si el hombre, con sus personales estudios y observaciones, logra conocer el fondo de las cosas que le rodean, se formará de las mismas un criterio bien concreto y actuará por voluntad propia, lejos de toda sugestión exterior: he aquí la más contundente manifestación del verdadero individualismo. Si aquel hombre, comprendiendo la necesidad del apoyo mutuo para la vida en común, une sus esfuerzos a los de otros hombres "a fin de realizar lo que aisladamente sería imposible", salvando, no obstante, su libertad de pensamiento y acción, habrá prestado un buen servicio a la humana especie, de la cual forma también parte: he aquí la demostración del verdadero comunismo.

¿Es, acaso, todo esto una definición arbitraria y caprichosa? Perdón, entonces, por mi atrevimiento. No soy partidario acérrimo de ningún *ismo*, y sentiría en extremo que molestaran a alguien mis apreciaciones.

FEDERICO FRUCTIDOR

"Vida Anarquista" Tenemos a la venta, al precio de una peseta, este libro, segundo volumen de la BIBLIOTECA de : : : : Tierra y Libertad

Pidiendo más de 5 ejemplares se hace el 25 p. 100 : : : : de descuento : : : : :

El primer Congreso Sindicalista Internacional

(PARA TIERRA Y LIBERTAD)

Impresiones personales

Teniendo en cuenta la poca experiencia poseída, tanto por los delegados como por los organizadores, se puede decir, con ciertas reservas, que resultó el primer Congreso internacional de los sindicalistas un éxito notable. Se ha conseguido reunir en la capital inglesa a los representantes de catorce naciones y los informes leídos revelaron que en cada uno de estos países hay una masa que se adhiere a los principios y a la táctica del sindicalismo revolucionario. Y, no lo digo por lisonjear a los compañeros de ese país, sobresalió el informe de los españoles. Comentaban muchos delegados el alto espíritu de imparcialidad de dicho informe, donde se veía claro que a pesar de la división teórica de los obreros españoles, división que remonta a tiempos de la famosa Internacional, no ceden a nadie los revolucionarios españoles en su deseo de unir a todos los trabajadores en el movimiento econó-

mico. No son los sindicalistas los que pecan de intransigentes.

El cambio de opiniones no puede menos de fortalecer el movimiento revolucionario, y el hecho de establecer un comité internacional de relaciones no tardará en dar fruto.

A mi juicio, hubieran hecho mejor los organizadores en convocar el Congreso en una capital pequeña, como Bruselas o La Haya, más bien que en Londres. Un Congreso poco numeroso como éste tuvo forzosamente que pasar medio desapercibido para la prensa de gran circulación, cosa que no hubiera sucedido en ciudades menos grandes. Sin embargo, se vió en el grandioso mitin público del jueves, que el sindicalismo revolucionario despierta con más virilidad entre los tradunionistas ingleses que entre los reformistas del continente.

Dos cosas hay que criticar. Primero, se vió en algunos, notablemente en las delegaciones inglesas e italianas, que había ciertos compañeros en que podían más los rencores y las cuestiones personales que el amor a la causa. Aquí otra vez la delegación española se mantuvo a un nivel muy elevado, limpia de toda impureza.

Segundo, sobre todo en la delegación italiana, se vió que había algunas víctimas de las insidias clericales. El compañero Alcesti de Ambris, presentó una proposición censurando a la República portuguesa por los atropellos que denunciarnos todos. Pero, tanto el texto de la proposición como el discurso de De Ambris fueron desastrosos, y los clericales, que en todas partes y hasta aquí en Inglaterra están conspirando a todas horas en favor del inundo don Manuel, se regocijaron mucho al ver votar una proposición en la que, textualmente, se echaba de menos a la monarquía. Pero se salvó la situación por el buen sentido de uno de los delegados ingleses, el de los tipógrafos, Lemaire, que hizo aprobar por unanimidad una moción que condenaba los atropellos de todos los gobiernos, incluso el portugués, y sobre todo los abusos cometidos por los representantes del gobierno inglés en Dublin.

De este modo ya no aparecía que el Congreso dirigía sus esfuerzos exclusivamente contra la joven República portuguesa y que eran los delegados, tonta e inconscientemente, los juguetes de esa nueva Santa Alianza, cuyo anhelo es destruir todo régimen que represente un paso adelante, (1) lo mismo la República china y la Constitución persa, ahogadas por la alianza franco-rusa con la complicidad de Inglaterra, que la Joven Turquía, atropellada por la cruzada de los Estados cristianos, o la República portuguesa a quien no perdonan los clericales cosmopolitas la separación de la Iglesia y del Estado...

Volviendo al Congreso sindicalista creo que, a pesar de los defectos señalados, la organización internacional de los obreros revolucionarios es ahora un hecho, y que el próximo Congreso sindicalista, que se celebrará en Holanda, será un éxito colosal.

F. TARRIDA

Londres, 9 octubre 1913.

Al visitar nuestros compañeros Negre y Rodríguez Romero, en Londres, al camarada W. Teherkesoff, escribí para TIERRA Y LIBERTAD las siguientes líneas:

La gran Asociación Internacional de los Trabajadores fué concebida por obreros franceses e ingleses.

«Nació el niño en los talleres de París y se dió a criar a Inglaterra», como entonces se decía.

Y aquel niño fué aclamado por los obreros de todo el mundo, porque La Internacional tomó como base de su actividad: «La emancipación de la clase obrera ha de ser obra de los obreros mismos.»

Después de la sangrienta represión de la Comuna de París y de las persecuciones de los internacionalistas españoles, los políticos burgueses corrompieron el gran principio y reemplazaron la acción directa del pueblo por el parlamentarismo legal.

Felizmente, los obreros de la nueva generación han tomado nuevamente la fórmula de La Internacional. El Sindicalismo revolucionario de nuestros días, con su acción directa, obra según ese gran principio.

Espero que sus esfuerzos triunfarán en un porvenir muy próximo.

W. TCHERKESOFF

(1) El paso adelante de la República portuguesa sólo se ha notado contra el clericalismo, por espíritu de conservación. Los obreros son más atropellados hoy que en tiempos monárquicos. N. DE LA B.

Individualistas y Comunistas

Prometí en mi anterior artículo sobre el Congreso Comunista de París ocuparme nuevamente de las supuestas diferencias entre individualistas y comunistas. *Acción Libertaria* expone también su opinión sobre aquel acto; y como quiera que en algunos de los párrafos de su artículo de fondo se me alude indirectamente, y a cuyas alusiones quiero contestar, lo verificaré aprovechando la ocasión de tratar el tema cuyo título encabeza estas líneas, puesto que el mencionado artículo de fondo se refiere por completo al mismo tema.

Hablando de la importancia del Con-

greso, dice *Acción Libertaria*: «Fuera de esto, ha sido una asamblea más que, como todas, pone en litigio la pureza de las ideas anarquistas ya que, en más o en menos, se muestra practicante de un parlamentarismo manso.»

El contenido del precedente párrafo no podrá menos de extrañar a quienes hayan observado el verdadero carácter del acto que realizaron los compañeros franceses. Siguiendo tal criterio, pueden ponerse *peros* hasta a los conceptos más claros y a las tácticas más depuradas. Si a unos compañeros que se reúnen para comunicarse sus ideas y sentimientos y para estrechar más los lazos de relación que entre ellos existen, sin valerse de los requisitos que estipulan para tales actos los mé-